



La araña de Shiva

James Fadiman



En un valle suavemente empinado al pie del Himalaya, con sus gorros de nieve en las cimas y las nubes arrojando sus hombros, se halla un pequeño templo y, en él, la estatua de Shiva. Shiva está bailando en un anillo de llamas oscuras, con sus cuatro brazos en alto y un pie en el aire mientras el otro se posa ligeramente sobre el cuerpo de un pequeño demonio triste.

Cada mañana, con las oraciones y los gestos apropiados, se coloca un plato de comida delante de su altar; lo preparan los campesinos del lugar que tratan de mantener constantemente a Shiva en sus pensamientos tanto durante su elaboración como en el momento de servirlo.

Dominando la comida, una araña, nacida en el templo, ha tejido su telaraña. Cuelga de las llamas que rodean a Shiva y se extiende entre sus manos abiertas y su codo suavemente doblado. Perfecta, la telaraña asciende como un brisa de viento divino hasta los hombros de la estatua de metal.

Cuando la ofrenda es de frutas, de papayas doradas, mangos rojizos, manojos de pequeños plátanos, gajos resplandecientes de naranja colocados sobre fuentes adornadas con flores, la araña halla en su red pequeñas moscas de la fruta. Cuando la comida son montones de arroz y de verduras espolvoreados con cardamomo o con semillas de amapola, humeantes y especiados, su tela atrapa moscas negras domésticas.

Cada día, mientras las viandas descansan en el altar, ocurre un milagro. La diosa penetra en su imagen y con-

sume la ofrenda, si bien no come ningún alimento. Lo que alimenta a Shiva es la visión de los alimentos, colocados sobre las fuentes con mucho arte, los aromas que se elevan de la mezcla de frutas, verduras, arroz y especias, y el amor con el que han sido servidos. Al consumirla, Shiva bendice la ofrenda, los que la cocinaron, los campesinos que la cultivaron y la tierra en que se recolectó. Los devotos campesinos regresan al anochecer a llevarse el *prasad*, la comida bendita. Cuando la comen, llevan la bendición a sus cuerpos. Estos actos de dar y de recibir mantienen la puerta abierta entre el mundo de los dioses y el del pueblo.

Una mañana, había preparado la comida una anciana y la colocó sobre el altar. Cantaba mientras iba saliendo del templo, con sus manos unidas sobre su pecho, su largo pelo gris sujeto en una única trenza colgando en su espalda. Cada palabra que cantaba se enlazaba con la siguiente como el canto de un pájaro, exactamente como se lo había enseñado su abuela y exactamente igual a como se lo habían enseñado a la abuela de su abuela.

*Shiva bendito,
destructor de la ignorancia,
abre mi corazón,
saquea mi cuerpo,
exígeme como tributo.
Todo mi ser es un regalo
para mi Señor,
blanco como el jazmín.*



En cuanto se hubo ido, antes incluso de que la cortina de cuentas de la puerta de entrada al templo hubiera dejado de balancearse, una mosca hambrienta entró volando derecha hacia el altar. Con sus ojos de mosca, vio las fuentes de comida multiplicadas cientos de veces.

Zumbando entre las manos repartidoras de bendiciones de Shiva y su rodilla alzada, la mosca estaba a punto de aterrizar en un trozo de mango cuando golpeó contra uno de los hilos pegadizos y casi invisibles. Giró y se retorció, se enganchó un ala en seguida, la otra aún se movía. Junto con todos los platos de comida, sus lentes observaban ahora un caleidoscopio de arañas saliendo de detrás de la oreja derecha de Shiva y deslizándose por la telaraña.

La araña se deslizó hacia la combativa mosca y le habló con dulzura. Mientras iba enrollando sedosos hilos alrededor de la mosca, le dijo: «Bienvenida a la casa del Señor Shiva. Eres tan bella, ¿nadie te lo ha dicho? Una pena. Ah, esa ala está pegada. Déjame que la rescate. ¿Demasiado apretado? Un ala tan grande y tan bonita. Debes ser la maravilla de las maravillas entre tus hermanos y hermanas. ¿Puedes echar la cabeza un poco hacia atrás? Así está mejor. Bien. Ahora, ¿puedes moverte?, ¿no? Bueno, descansa entonces, preciosa mía. Que sepas que nunca hasta ahora fuiste más admirada».

La araña se colocó cerca de la cara de la mosca y le dijo: «Siento muchísimo que estés un poco incómoda».

La mosca se revolvió, sus ojos giraban hacia delante y hacia atrás.

La araña siguió hablando: «Luchar contra tu propio *karma* es indecoroso. Si la vida es transitoria, ¿no lo será después también la muerte?».

La araña se retiró delicadamente hacia atrás a lo largo de un hilo de seda hasta que pudo contemplar a la mosca entera colgada de su telaraña. Dijo entonces: «Si es cierto que todo lo que se da libremente a Shiva se convierte en *prasad*, ofrécete a ti misma. Ya que comienzas tu último sueño, conviértete en algo bendito».

La mosca dejó de moverse. Sus ojos se volvieron opacos. Cuando la araña acabó con su envoltorio, cantó



uno de los muchos cánticos que había escuchado mientras estaba sentada detrás de la oreja del Señor Shiva.

*Señor Shiva, tus muchos brazos
otorgan y quitan bendiciones;
consumiéndome de pasión,
anduve errante
por incontables mundos
amando a mi Señor,
blanco como el jazmín.*

Después de comerse la mosca, la araña reparó su telaraña con mucho cuidado. Satisfecha, trepó por ella hasta la hendidura detrás de la oreja de bronce de Shiva.

Cada día, la araña protegía las ofrendas. Siempre, antes y después de su propio almuerzo, cantaba himnos

de alabanza a Shiva. En el momento más caluroso del mediodía, se echaba una siesta. Por la noche, cuando el templo permanecía en silencio y nada se movía, sino la llama de una pequeña lámpara, doblaba sus patas bajo su cuerpo, se escondía muy apretada en un pequeño pliegue de la piel metálica de Shiva, se iba a dormir y soñaba sueños de araña.

Fuera del templo, una estación sucedía a la otra. Los últimos vientos

secos de invierno terminaron y comenzaron las suaves lluvias de primavera. El verano era caluroso, como siempre, y los campesinos trabajaban en la bruma de su propio sudor en los campos y en los huertos pegados a sus pequeñas casas. Las fuentes para Shiva eran entonces especialmente abundantes; verduras al curry, empanadas, tortillas, arroz al azafrán con pasas y anacardos, rodeados de frutas maduras, de verduras tiernas y crujientes de los huertos, adornado todo con flores de clases y colores variados. En otoño, día tras día, las nubes se vaciaban contra los vértices de las

montañas hasta que los caminos del pueblo a los campos se convertían en ríos de barro, e incluso las losas de piedra que llevaban al templo se cubrían con sucia tierra mojada. Había menos flores. Las frutas eran más pequeñas. Algunos días tan sólo había arroz cocido con agua de rosas y canela.

Un día, después de cosechar el último trigo, con las nubes suspendidas cerca del suelo y las montañas, que no podían verse, como abuelos gigantes sentados juntos en la distancia, el pueblo entero se despertó sabiendo que era el día en que debía limpiarse el templo de Shiva. Se reunieron delante de la entrada del templo, unos llevando estropajos y

pequeñas escobas hechas con ramas, otros cubos de agua limpia y trapos, otros haces de juncos recién cortados para remendar el tejado y madera para reparar las partes dañadas por las termitas. Y algunos, por supuesto, llevaban instrumentos musicales, porque esto era más una fiesta que una limpieza. Se oyeron muchos cánticos y canciones y, de vez en cuando, bailaban los hombres o las mujeres. Hubo muchas bromas y risas; los chicos y las chicas jóvenes bromeaban unos con otros y los niños jugaban a los pies de todo el mundo. Se colgaron guirnaldas de flores en cada viga del tejado. Las lámparas se limpiaron y se rellenaron de mantequilla fresca. Todo el mundo comió cuanto quiso, hundiendo sus manos en enormes bandejas de arroz especiado humeante y tomando fruta de grandes fuentes de cerámica. El aroma a especia de los clavos recién molidos y del cardamomo machacado se unía con el del humo casi invisible del incienso de madera de sándalo. Las chicas jóvenes se rociaban con aceite de madera de sándalo e impregnaban con él las paredes.

Fuera, se barrían una y otra vez los senderos. Se restregaban los escalones hasta que cada piedra ennegrecida volvía de nuevo a ser de un marrón reluciente. Se reparó el tejado por fuera y por dentro. Se raspó todo lo que la vispera estaba aún pegado; la madera se restregó y aceitó hasta que brilló. Las escobas revoloteaban sobre el suelo de piedra como el viento pasando a través de las hojas de las higueras.

Desde su posición, la araña lo observaba todo. Estaba muy inquieta por el ruido, por los fuertes olores y por la multitud. Las motas de suciedad que volaban hasta su telaraña hacían vibrar sus hilos y la asustaban. Corría hacia la perturbación y viendo entonces que solo era un poco de polvo, se guarecía de nuevo.

Un hombre alzó a su hijo pequeño sobre el altar. Cogió una tira de tela desteñida de su cintura y se la tendió al niño. El pie desnudo del niño se apoyó en el borde del altar mientras se enrollaba el trapo alrededor de una mano. Según iba quitando

el polvo, iba rompiendo hilo tras hilo de la telaraña.

La araña se metía cada vez más entre las sombras detrás de la oreja de Shiva. En voz baja, cantaba los muchos nombres de Shiva, plegadas sus patas bajo su cuerpo peludo, y observaba. El niño limpiaba y pulía el aro de llamas, el demonio enano bajo el pie de Shiva, las piernas del mismo Shiva. El metal apagado, ennegrecido, volvía a brillar bajo su mano. Allí donde había sido limpiado, el bronce dorado brillaba ahora ante la vista como la luz del sol sobre el agua.

El chico pasó a limpiar la parte de atrás de la estatua y lustró con su trozo de trapo la delicada cintura de Shiva y su espalda. La araña sintió la vibración y tembló. El muchacho se encaminaba hacia el collar de Shiva que se extendió como si fueran plumas de pavo real sobre sus hombros. La araña encogió sus patas, intentando hacerse lo más pequeña posible. Sintió el calor del cuerpo del chico según sus manos se iban acercando al cuello de la estatua.

De repente, sin poder controlarse, la araña salió corriendo de su escondite escabulléndose a lo largo del brazo aceitado, la cabeza del chico se giró hacia ella; pudo notar su mirada clavada en ella. Salió corriendo hacia la palma abierta de Shiva, hasta la punta de sus dedos y luego otra vez hacia atrás al centro de su palma.

Entonces, sin lugar alguno donde huir, miró hacia arriba a la cara de Shiva y repitió las mismas palabras que tan a menudo dirigía a las atemorizadas moscas: «Es indecoroso luchar... en la casa del Señor Shiva». Mientras el chico levantaba su mano cubierta con el trapo, la araña repitió las palabras de un joven que había pedido la bendición de Shiva antes de incorporarse al ejército.

*A ti te ofrezco las acciones
de esta vida.*

*Donde quiera que vaya
el camino está bendito.*

Respiró profundamente, suspiró y se preparó para la muerte.

La sombra del trapo se dirigió sobre ella. Pero en ese momento, los dedos de metal de Shiva, enne-

grecidos por los siglos, se elevaron alrededor de ella como los barrotes de una caja y se cerraron, rodeándola de oscuridad.

Durante cuanto tiempo estuvo prisionera, nunca lo supo. Cuando la mano de Shiva se abrió de nuevo, era de noche. El templo estaba vacío. Todas las superficies de madera brillaban con el aceite de sándalo; jarrones de flores frescas rodeaban el altar, cubierto con nuevos lienzos de algodón blanco; la lamparilla emitía destellos de débiles lucecitas sobre las paredes pulidas y el techo.

Miró hacia arriba a la cara de Shiva. En el centro de su frente, vio un solo ojo abierto y oyó entonces una voz.

*Sin duda, mi pequeña,
tú no eres menos
que la comida y las flores
que bendigo diariamente.*

Por un momento, la araña miró hacia sus pies. Cuando miró de nuevo a la frente de Shiva, tan sólo vio la joya apagada de siempre.

Mientras subía a lo largo de su brazo hacia su nido, cantaba, tan alto como puede cantar una araña:

*Señor de los ríos que confluyen.
Señor de las cavernas,
consorte de Shakti,
Señor, blanco como el jazmín.
Soy tu sierva,
y doy pruebas de tu gracia.*

Detrás de su gran oreja, cantó los nombres de Shiva hasta que se quedó profundamente dormida. En el momento antes de amanecer, sintió que Shiva se acercaba a ella y la sostenía entre sus cuatro brazos vivientes. Incluso dormida, supo que no era un sueño.

